



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 28 de octubre de 2001

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. *Concluyó ayer, con la solemne concelebración eucarística en la basílica de San Pedro, la X Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos.* Durante cuatro semanas, numerosos obispos procedentes de todas las partes del mundo debatieron sobre un aspecto esencial de la vida de la Iglesia: el ministerio del obispo, "servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo".

Yo participé personalmente en las reuniones sinodales, gustando el clima de comunión que las caracterizó y escuchando con vivo interés las reflexiones propuestas. En efecto, el concilio ecuménico Vaticano II ya había dedicado gran espacio al tema del obispo y de su servicio eclesial. Pero era necesario profundizar ulteriormente esa enseñanza y adecuarla oportunamente al desarrollo de los tiempos y las situaciones.

Desde esta perspectiva, la Asamblea sinodal, la primera del tercer milenio, dirigió su mirada al futuro, interrogándose sobre los desafíos pastorales que los nuevos tiempos plantean a la Iglesia. Los obispos reafirmaron su voluntad de "echar las redes", confiando en la palabra de Cristo, que les repite: "*Duc in altum, Rema mar adentro*" (cf. *Lc 5,4-5*).

2. Es muy significativo que esta Asamblea se haya celebrado durante el mes de *octubre*, que es el *mes misionero*. Al dar gran relieve a la índole pastoral del servicio episcopal, subrayó el deber principal del obispo de estimular el espíritu y la acción misionera *en toda la comunidad eclesial* y, de modo particular, en los *laicos*. En efecto, la misión de la Iglesia exige la participación activa y responsable de todos, de acuerdo con los diversos dones y estados de vida.

La abundante mies en los campos del mundo necesita cada vez más obreros, *vocaciones misioneras*. El Señor nos invita a invocar este don con una oración asidua al Dueño de la mies (cf. Mt 9, 37-38). La familia humana necesita con urgencia misioneros y misioneras que, unidos a Dios y solidarios con sus hermanos, lleven por doquier el mensaje del Evangelio, que es anuncio de salvación para todos los hombres, sin distinción de lengua, pueblo o cultura.

3. Ya está terminando el mes de octubre, durante el cual nuestra devoción mariana se ha expresado con particular intensidad en el *rezo del santo rosario* para implorar del Señor la paz. En este momento encomendamos de modo especial a la protección materna de la Virgen santísima a *las poblaciones* de Afganistán: que se ahorren vidas inocentes y la comunidad internacional brinde una ayuda oportuna y eficaz a los numerosos prófugos, expuestos a todo tipo de privaciones, ahora que está comenzando el mal tiempo.

No podemos olvidar tampoco a cuantos siguen padeciendo violencia y muerte *en Tierra Santa*, particularmente *en los Santos Lugares*, tan queridos para la fe cristiana. Que María, Reina de la paz, ayude a todos a deponer las armas y a emprender finalmente con decisión el camino hacia una paz justa y duradera.

Después del Angelus

Saludo con afecto y estima a los directivos, a los profesores y a los alumnos de las escuelas católicas de Roma, que han venido aquí juntamente con el cardenal vicario Camillo Ruini, con ocasión de su *Jornada diocesana*.

El tema de este año, *Una comunidad educativa para cada alumno*, recuerda la exigencia de poner en el centro de la escuela la persona del alumno, para favorecer su crecimiento humano, cultural y espiritual. La escuela católica realiza este objetivo con su contribución educativa original y específica, que tiene como punto de referencia fundamental a Jesucristo y su Evangelio.

En diálogo constructivo con toda la institución escolar, con la sociedad civil y la comunidad eclesial, la escuela católica representa un recurso valioso al servicio de todos los alumnos y de todas las familias que quieren beneficiarse de su propuesta educativa. Por tanto, invito a la comunidad cristiana y civil a sostener la escuela católica en sus diversas necesidades, para que pueda prestar a todos, del mejor modo posible, su servicio cultural y social.

A las comunidades religiosas, a los otros organismos que gestionan institutos católicos y a todos los que trabajan en ellos, les manifiesto mi cordial aprecio y mi aliento. Vosotros, queridos hermanos, proseguid el servicio público de institutos que han educado a generaciones de jóvenes, los cuales han dado una valiosa contribución en los diversos sectores de la sociedad. Continúad con generosidad y tesón vuestro trabajo, para que las escuelas católicas de Roma

sean siempre numerosas y cualificadas.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana